



# ENTRE VAGABUNDEOS Y EPOPEYAS

Por Mauro Armiño

Entre la media docena de autores que han acunado la adolescencia de la mayoría de los lectores, figura inevitablemente el nombre de Robert Louis Stevenson, con sus novelas de “aventuras”, por calificarlas de alguna manera: *La isla del tesoro*, *El extraño caso del doctor Jeckyll y Mr. Hyde*, *La flecha negra*, *El señor de Ballantrae*, sus innumerables cuentos también recogidos hace poco (*Cuentos completos*, Valdemar, 2013), y un largo etcétera de obras en que se mezcla el terror, el misterio, la aventura y las costumbres. Y quien no lo haya leído, ha podido ver esos títulos en las pantallas cinematográficas, ya desde 1909, con *El club de los suicidas*; hasta *El doctor Jeckyll* en musical de rock and roll de 2002 hay dos docenas largas de obras de Stevenson cinematografiadas en adaptaciones que han tenido entre sus intérpretes o directores a Jean Renoir, Byron Haskin, Orson Welles, Jean-Louis Barrault, Christopher Lee, Michel Caine, Anthony Perkins y un largo etcétera, entre los que figura hasta la Rana Gustavo con los teleñecos.

**El aventurero enfermo.** Pero además hay todo un Stevenson prácticamente desconocido que la editorial Páginas de Espuma acaba de editar en tres volúmenes: los ensayos biográficos, literarios y personales, recogidos bajo los epígrafes *Escribir* (2013), *Viajar* (2014) y *Vivir* (2015), en edición de Paul Viejo y traducción de Amelia Pérez de Villar. Si el primero se centra en el arte de escribir y en la literatura, el segundo, *Viajar*, recoge los ensayos de viajes de este aventurero que recorrió el mundo con unos pulmones más bien destrozados; su Escocia natal y Londres fueron las tierras de su juventud, pero el continente europeo aliviaba, sobre todo en invierno, su dolencia; emigró en 1887 a Estados Unidos, para terminar estableciéndose en el archipiélago de las Samoa, Vailima,



Mapa de 'La isla del tesoro'.

## Stevenson fue un aventurero que recorrió el mundo con sus pulmones destrozados

donde murió a los cuarenta y cuatro años en 1894. Hacia su tumba viajará otro escritor, otro enfermo que morirá joven, Marcel Schwob; este simbolista francés (el autor de *El rey de la máscara de oro*, de las *Vidas imaginarias*, del *Libro de Monelle*) se sintió atraído por la leyenda viviente que a finales del siglo era ya Stevenson, y relató su experiencia en *Viaje a Samoa*; pero aunque llegó a la isla, no alcanzó a ver la tumba: se lo impediría la gripe cogida en la isla polinesia, que terminaría derrumbándolo nada más regresar a París.

En el tercer volumen, que acaba editarse, “hemos querido recoger los textos autobiográficos, donde a veces de manera inconsciente Stevenson deja trozos de su vida —dice Paul Viejo, encargado de la edición—: recuerdos de familia, escenas de esos años que dan un perfil de época a través de retratos como el del párroco de su infancia o del profesor de literatura de su adolescencia. Ha sido una trilogía involuntaria, porque empezamos por los ensayos literarios y después vimos que había materiales de gran interés; no es que quisiéramos hacer unos ensayos completos donde entrasen hasta los textos escritos en las servilletas, pero sí poner de relieve la aportación de Stevenson al conocimiento de su forma de escribir, de viajar y de vivir. Parte de estos ensayos se habían traducido, pero un poco fuera de contexto, que es donde adquieren su sentido real; no hemos querido buscar inéditos por ser inéditos, pero sí poner de relieve textos que, dispersos, perdían su significado. El conjunto es una obra ensayística que ayuda a dibujar la figura del novelista, a revalorizar lo que, como persona, pensaba de los temas más diversos”.

**Un vagabundo clásico.** Otro “bohémio”, o mejor, otro errabundo prácticamente desconocido en español es el alemán Jean-Paul Richter (1763-1825), de quien la editorial Berenice acaba de publicar una de sus obras mayores, *Siebenkäs*, en traducción de Paula Sánchez de Muniain; ya se habían editado *La edad del pavo* (Alianza Editorial), *Alba del nihilismo* (Istmo), *Levana* y poco más de este personaje absolutamente imaginativo, ligado a los inicios del romanticismo, pero en una veta muy distinta a sus grandes coetáneos Goethe y Schiller, con los que no se llevó demasiado bien y que no le tenían por uno de los suyos. Ideas y visiones distintas. Stevenson pensaba, como Jean-Paul, que son “las invenciones de nuestra imaginación las que constituyen nuestras aventuras”, como decía Chesterton del escocés. Jean-Paul pasó su vida, vivió en la pobreza y en el vagabundeo, de Weimar, a Berlín, a Leipzig, etc., de un lado para otro, sin asentarse hasta la vejez, adorado por las mujeres, como subraya Herman Hesse en el prólogo que presenta la novela editada por Berenice.

Su obsesión por escribir libros tenía un objetivo: “poder comprarse libros que leer”. En esa primera etapa del romanticismo, Jean-Paul buscó la anatomía del sentimiento en una obra abundante: eso es *Siebenkäs*, con el “abogado de pobres” y escritor Siebenkäs por protagonista, una especie de alter ego del autor, que ve el mundo lleno de filisteos contra los que sólo se puede luchar mediante el humor. Si el inicio de la novela supone la narración de unos amores movidos por un sentimentalismo burgués con la modistilla Lanette –el mismo nombre de la mujer ideal del *Wilhelm Meister*, por si el enfrentamiento con Goethe no estaba claro–, Jean-Paul pronto se centra en su amigo Leibgeber (en alemán, “el que da cuerpo”) para jugar al intercambio de nombres primero y al doble después; para huir de la prosaica vida matrimonial, Siebenkäs se refugia en sus sueños de escritor redactando unos *Papeles del diablo* que no le liberan de la dura realidad.

Jean-Paul lleva el juego del doble, tan moderno, al extremo: el protagonista simulará su propia muerte, en una divertida escena de farsa del capítulo XX, para poder iniciar una nueva vida, de la que tampoco saldrá indemne; cuando vuelva hacia Lanette, el destino le habrá hecho una divertida mueca. Pero no voy a destripar el meollo de es-

## La obsesión de Richter era escribir libros para “comprar libros que leer”

ta novela que es un repertorio de sentimientos que contraponen los caracteres de los dos amigos: lleno de efusiones líricas y de sentimentalismo el de Siebenkäs, inclinado siempre al perdón; irónico y amargo el de su doble, más inclinado al castigo. Pero en medio de la narración, toda suerte de temas, desde el “bodegón de frutas, flores y espinas” que anuncia el subtítulo, hasta las derivas teológicas del hijo de pastor protestante que era Jean-Paul: al narrador se le aparecerá Cristo para anunciarle que no hay Dios, por ejemplo. Y dato de absoluta modernidad: el papel que Jean-Paul otorga al narrador, que interviene de forma tan omnisciente que se confunde con el autor; lección para novelistas. Y también es reciente otro divertido y breve texto de Jean-Paul: *Elogio de la estupidez* (Editorial Sequitur, 2012), en la que es ésta, la estupidez, la que, elevada a personaje, hace confesión de sus desmanes entre altos y bajos, con dedicación especial a la estupidez de los escritores. Habrá tiempo de referirme más despacio a él,

porque la sátira de Jean-Paul no deja títere con cabeza.

**Epopeyas antiguas.** El verano también me ha permitido recuperar lecturas de los tiempos idos; nunca había tenido tiempo o necesidad de adentrarme en el *Libro de los reyes*, la epopeya nacional iraní del poeta persa Abdulkasim Firdusi (finales del siglo X-principios del XI), que canta los mitos del inicio de la historia persa, recogiendo todos los elementos de la tradición épica por encima de la situación histórica en que estaba escrita: Persia había sido invadida por los árabes, que habían impuesto su lengua, su cultura y su religión. Firdusi va, incluso, más allá, pues para entonar el canto de los cincuenta reyes, empieza por el primer hombre rey y concluye con el último representante de la monarquía sasánida, derrocada por los árabes. Tienen su Aquiles, sus divisiones, las luchas fratricidas por el reino, los ataques extranjeros, el reformador Zoroastro, Alejandro Magno, y, sobre todo, el imperio sasánida. La reedición reciente de *El libro de los reyes* selecciona parte de la extensa epopeya, inédita en español, cuya versión original llegó a tener 60.000 versos; por ejemplo, su principal héroe, Rostam, habría de influir, por otras vías, en el orientalismo europeo del siglo XVIII, empezando por Beckford, el autor de *Vathek*.

Y retrocediendo tres mil años más, he releído *El poema de Gilgamesh*, en la reciente edición crítica de Rafael Jiménez Zamudio (Editorial Cátedra), por ver si de aquel pasado épico de los acadios se trasluce alguna posibilidad de salvación –o explicación de sus desdichas– para los males de hoy de la vieja Mesopotamia, embarcada en guerras que le son propias y ajenas, aunque ahora olvidemos la colonización europea o la reciente invasión norteamericana del infausto Bush para acabar con Hussein, etc. Gilgamesh, de estirpe divina y dios, capaz de seducir a la diosa Inanna/Isthar, rey y el primero de los héroes conocidos de la Antigüedad, se ha convertido ya en personaje de la literatura fantástica y de la ciencia ficción, de los cómics, de la ópera, del ballet. Resulta trabajosa la lectura del texto que nos han trasladado unas tablillas de barro de finales del tercer milenio antes de nuestra era, pero mejor revivir aquellos tiempos míticos que la vulgaridad de éstos. ●



Robert Louis Stevenson, sentado, en el centro, en su refugio polinesio.